

Raúl García Herráez
*Fernando González Romero **

EL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO EN LA FORMACIÓN SACERDOTAL

RESUMEN: I. INTRODUCCIÓN – II. DOS TIPOS DE ACOMPAÑAMIENTO – III. EL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO ¿UNA NOVEDAD DE LA *RFIS* Y DEL *PFS*? – IV. LA FUNDAMENTACIÓN DEL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO: a) *La necesidad y urgencia del acompañamiento comunitario*; b) *Fundamentación del acompañamiento comunitario desde diversas perspectivas* – V. LAS DINÁMICAS SOCIALES EN LA FORMACIÓN. ALGUNAS CLAVES DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL – VI. LAS DINÁMICAS GRUPALES APLICADAS A LA COMUNIDAD FORMATIVA (ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO): a) *Fases en la evolución de un grupo*; b) *Un tipo especial de dinámica: la relación con los formadores* – VII. INDICACIONES PEDAGÓGICAS A LA LUZ DEL PRESENTE ESTUDIO: a) *El desarrollo de la relación en clave evangélica*; b) *Condiciones cualitativas de la comunidad formativa*; c) *La necesaria apertura a lo comunitario*; d) *El crecimiento en compartir la vida interior*; e) *Objetivo puesto en el crecimiento, y no sólo en la convivencia* – VIII. MEDIOS CONCRETOS PARA EL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO: a) *Inserción cordial y sentido de pertenencia a la comunidad formativa del seminario (PFS 148)*; b) *Corresponsabilidad en el proceso formativo del hermano (PFS 149)*; c) *Una doble referencia en el acompañamiento comunitario: el grupo de seminaristas y el equipo de formadores (PFS 132)*; d) *Un clima de familia en las relaciones (PFS 151)* – IX. CONCLUSIÓN

I. INTRODUCCIÓN

La *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (a partir de ahora *RFIS*) establece como medio de la formación sacerdotal el acompañamiento (*RFIS* 44), pero además establece dos tipos de acompañamiento como medio ordinario de la formación: el personal y el comunitario¹.

* Raúl García Herráez, formador Seminario Diocesano de Ávila, delegado de Pastoral Vocacional de la Diócesis de Ávila y profesor de Liturgia de la Universidad Pontificia de Salamanca. Fernando González Romero, capellán Colegio Diocesano Asunción de Ntra. Sra. de Ávila, psicólogo y párroco.

¹ Este artículo es el resultado de un curso de formación preparado por el equipo de formadores del Teologado de Ávila, Gaspar Hernández Peludo, Antonio Collado Mon-

La *RFIS* dedica tres números al acompañamiento comunitario, del 50 al 52. Ya al inicio del apartado sobre el acompañamiento el documento deja claro que «la finalidad del acompañamiento personal es realizar el discernimiento vocacional y formar al discípulo misionero» (*RFIS* 44), algo que también se aplica al acompañamiento comunitario, como deja claro el *Plan de Formación Sacerdotal* (a partir de ahora *PFS*) en el número 126.

La comunidad no es un mero marco externo o sólo un ambiente adecuado para llevar a cabo la labor formativa de los futuros sacerdotes, sino que es una nota esencial de su formación que tiene que ver con la identidad presbiteral y con la misión que van a llevar a cabo posteriormente. «El seminarista será llamado, por medio del sacramento del Orden, a reunir en la unidad y a presidir el Pueblo de Dios, como guía que favorece y promueve la colaboración de todos los fieles. La formación para el sacerdocio, por tanto, debe desarrollarse dentro de un clima comunitario, que favorezca las actitudes propias para la vida y el ministerio presbiteral» (*RFIS* 90).

II. DOS TIPOS DE ACOMPAÑAMIENTO

Como hemos visto, la *RFIS* y el *PFS* proponen dos tipos de acompañamiento como medio ordinario parra la formación sacerdotal: el personal y el comunitario. El *PFS* también hablará de un acompañamiento permanente.

Entre estos dos tipos de acompañamiento hay una complementariedad constitutiva, no son opuestos o excluyentes, sino que deben darse los dos en el proceso de formación de un seminarista. Ya el *Documento Final del Sínodo para los Jóvenes* (a partir de ahora *DFSJ*) habla de esto, señalando que: «Hay una complementariedad constitutiva entre el acompañamiento personal y el comunitario, que toda espiritualidad o sensibilidad eclesial está llamada a articular de manera original» (*DFSJ* 95).

Como ya hemos indicado más arriba, el acompañamiento, entendido en esta doble tipología, es un medio que tiene como finalidad ayudar al candidato al discernimiento vocacional y formarlo como pastor misionero

tero y Raúl García Herráez, junto con el psicólogo que nos acompaña en el proceso de formación, Fernando González Romero. También es necesario aclarar que este trabajo se centra solo en la comunidad formativa del Seminario, no hemos entrado a analizar otros agentes que también influye en la formación comunitaria como son el obispo, los sacerdotes, la parroquia, etc.

ro. Para lograr esto el acompañamiento, tanto personal como comunitario, ayudará a que «el seminarista se conozca mejor y se deje conocer, relacionándose de modo sincero y transparente con los formadores» (*PFS* 127).

El acompañamiento busca ayudar al seminarista a salir de sí, en una doble perspectiva, hacia Dios (formación para la interioridad) y hacia los hombres (formación para la comunión). La formación para la interioridad se puede llevar a cabo a través de una vida interior intensa (cf *RFIS* 42) y el discernimiento (cf *RFIS* 43). La formación para la comunión se lleva a cabo a través del acompañamiento, tanto personal como comunitario, esto ayudará a lograr una equilibrada y madura forma de relacionarse con el prójimo (cf *PFS* 23).

III. EL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO ¿UNA NOVEDAD DE LA *RFIS* Y DEL *PFS*?

Como acabamos de constatar, el acompañamiento comunitario aparece mencionado de forma explícita como medio ordinario de la formación tanto en la *RFIS* como en el *PFS*. ¿Es esto una novedad en la formación de los seminaristas? Es una “relativa” novedad, ya que en cierto sentido siempre se ha dado importancia a la comunidad en la formación sacerdotal, aunque no de la manera que lo establece ahora el plan de formación.

Si hacemos un repaso por la historia reciente de los seminarios, nos encontramos con que la dimensión comunitaria estaba presente, pero de una manera deficiente, en relación con lo que ahora se apunta en los documentos oficiales de la Iglesia. En unos casos la comunidad se entendía como un mero “marco” externo que ayudaba a la disciplina y al orden de vida. En otros casos se veía como un “ambiente adecuado” para el periodo de formación, pero que estaba llamado a ser temporal ya que no se veía en conexión con la identidad y espiritualidad del presbítero, esto llevaba también a que en algunos seminarios se intentase imitar los modelos comunitarios de otros carismas (p.ej. monástico). Hubo un momento en que el aspecto comunitario se llegó a reconocer como una dimensión del plan de formación, este fue el caso del Plan de Formación de Seminarios Mayores españoles (1996), pero con el riesgo de verse como una dimensión más y no como un elemento común de todas las dimensiones.

Justamente la novedad que ha aportado la *RFIS*, y más explícitamente el *PFS*, ha sido ver la comunidad como una Nota de la formación sacerdotal y no como una quinta dimensión. La diferencia entre ser una

dimensión de la formación y una nota está en la transversalidad, «un hilo conductor que atraviesa (las dimensiones) integrándolas, potenciándolas y enriqueciéndolas con contenidos nuevos» (PFS 147).

Otro aspecto novedoso que se aporta es abordar la nota comunitaria desde el acompañamiento, entendiendo que es un proceso permanente (no acaba nunca en la vida del presbítero), que es integral (abarca a todas las dimensiones de la formación) y es personalizado (afecta a la persona en sus relaciones).

Como podemos comprobar, la comunidad siempre ha estado presente en la formación de los futuros sacerdotes, aunque no siempre desde la perspectiva adecuada. La reflexión actual de la Iglesia nos invita a resituar este elemento formativo para alinearlo con la identidad y misión del sacerdote, haciéndonos caer en la cuenta de que es un elemento central en la formación sacerdotal.

Ya el DFSJ nos recordaba la importancia del acompañamiento comunitario o de grupos (cf DFSJ 96). Allí se nos recuerda que este tipo de acompañamiento no es extraño a la vida cristiana, más bien al contrario:

- Sigue el ejemplo de Jesús con sus discípulos.
- La experiencia comunitaria pone de relieve la calidad y los límites de toda persona y nos lleva a crecer en la conciencia humilde de que sin compartir los dones recibidos no se puede seguir al Señor.
- Es la práctica de la Iglesia a través de grupos, movimientos, asociaciones. De hecho la maduración de la vocación cristiana se da en este contexto comunitario, que crea un ambiente cálido y acogedor que hace que germine la vocación cristiana.
- En este tipo de acompañamiento hay dos referencias claras: educadores y/o pastores, y las relaciones entre iguales dentro del grupo.

IV. LA FUNDAMENTACIÓN DEL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO

a) La necesidad y urgencia del acompañamiento comunitario

Si el acompañamiento comunitario siempre es necesario en la formación sacerdotal, en el momento actual que vivimos se hace especialmente urgente. Para llegar a esta afirmación nos basamos en varios factores que encontramos en nuestra sociedad actual.

1. Crisis demográfica. Es un dato objetivo la baja natalidad de nuestra sociedad occidental, el descenso de la natalidad llega a ser, casi, alarmante. Esto lleva a encontrarnos con familias en las que sólo hay un hijo, es el “drama” del hijo único. Decimos “drama” porque esto lleva aparejado que estos hijos no tengan la experiencia de la fraternidad, ya que han crecido sin un hermano con el que poder vivir esto desde la infancia.

2. Crisis antropológico-cultural. En el análisis de la sociedad que hace el *PFS* en su introducción, se señala que el joven de hoy se caracteriza por un perfil individualista y autorreferencial (cf *PFS* 43, 143). Esto es fruto de varios factores, uno de ellos es el subjetivismo del yo, al que se ha llegado por influencia de la Modernidad (“yo” cartesiano; la razón “autónoma” de Kant; la “mónada” de Leibniz; el idealismo alemán) y también por las teorías sociales que han llevado a una determinada concepción del Estado y de sus miembros desde esta misma perspectiva (“contrato social” de Rousseau; “colectivismo” marxista; el Estado para la realización de la libertad de Hegel). Un segundo factor que ha llevado a esta crisis antropológica ha sido el predominio de la emoción sobre la razón, por influencia del individualismo postmoderno (“segunda revolución individualista” Lipovetsky) ha llevado hasta la des-responsabilización de la persona. Un tercer factor que influye ha sido la cultura de lo “provisional” que choca de manera directa con la dimensión proyectiva de la vida humana, algo que se promueve desde la visión cristiana del hombre y, de forma especial, desde la dimensión vocacional de la persona. Y por último, también ha influido en esta crisis el ideal de la “autorrealización” como “idolatría”, entendiendo la libertad desde sí y para sí. Es el paradigma tecnocrático aplicado a la naturaleza, a la sociedad o al cuerpo (transhumanismo; ideología de género; teorías *queer*). Hemos pasado del *homo sapiens* al *homo “Deus”* (Harari).

3. A nivel religioso-institucional: crisis del sentido de la Iglesia. En la cultura postsecular han surgido nuevas formas de religiosidad, es una especie de religión a la “carta” que el individuo libremente decide.
Otro de los rasgos de la secularización es vivir la religión como algo “privado” en el contexto de una sociedad-cultura pluralista, lo que

conlleva una crisis de lo institucional y de las mediaciones entiendo lo religioso desde el inmediatismo en la relación entre Dios y el individuo.

En este contexto también acontece una crisis de pertenencia y del sentido de Iglesia que lleva a una nueva forma de creer, “no ortodoxa” y “desclericalizada”.

4. A nivel pastoral. Nos encontramos con una falta de “comunidades vivas” en nuestras diócesis o “comunidades cerradas en sí mismas” frente al mundo o dentro de la propia Iglesia.

También aparecen dificultades reales para vivir la comunión y trabajar en equipo a nivel parroquial, arciprestal, diocesano o universal, en lo que influye el clericalismo y otros factores².

5. A nivel vocacional (el perfil de los candidatos)³. Hay un dato objetivo que es la reducción significativa de las vocaciones que han llevado a comunidades formativas muy reducidas con una experiencia comunitaria muy pobre e, incluso, negativa.

Además, muchos de los seminaristas proceden de nuevas realidades eclesiales con fuerte experiencia comunitaria pero que tienen dificultades para hacer del seminario la comunidad principal de referencia (interferencias-procesos paralelos).

Muchos candidatos ingresan en el seminario sin una vinculación comunitaria real previa, con la parroquia o la diócesis, lo cual hace de la vida comunitaria un reto.

² «En muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Frecuentemente esto se debe a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. Aun en parroquias donde los sacerdotes son poco entregados y alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad viva ora insistentemente por las vocaciones y se atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración» (EG 107).

³ PFS 54-56.

A todo esto se une el acento actual en la dimensión subjetiva de la vocación (“siento que el Señor me llama”) relativizando la llamada objetiva de la Iglesia y la mediación de la misma⁴.

b) Fundamentación del acompañamiento comunitario desde diversas perspectivas

• Desde un punto de vista biológico y evolutivo

La dimensión social es constitutiva de la naturaleza de la persona en sentido biológico y evolutivo. Toda persona existe, en un sentido biológico, porque ha habido una madre que le ha dado a luz y le ha nutrido al inicio de su vida. El niño recién nacido es totalmente dependiente de otra persona que le proporciona todo lo necesario para poder sobrevivir. Pero dentro de estos cuidados necesarios no sólo está el alimento o el vestido, sino que el contacto social es totalmente necesario para que el niño sobreviva. Los experimentos de Harlow y Zimmerman mostraron que las crías de mono no solamente necesitaban del alimento que les podía proporcionar un sistema automático de alimentación, sino que tenían necesidad y buscaban activamente el contacto confortable de la madre⁵.

Otros estudios, en este caso del doctor austriaco René Spitz, mostraron cómo los bebés recién nacidos que eran aislados en cunas de hospital y privados del contacto materno para evitar ser contagiados, sufrían mayores tasas de mortalidad que aquellos que, incluso en condiciones de falta de limpieza, quedaban en contacto con la madre⁶.

Este contacto materno es necesario también desde una perspectiva evolutiva o del desarrollo, porque le proporcionará al niño una confianza de

⁴ «Hoy existe en la comunidad cristiana una tendencia a valorar más el aspecto subjetivo de la vocación (presbiteral) que el aspecto objetivo. En otras palabras: el deseo y decisión del sujeto cuentan más que la llamada de la Iglesia. Los seminarios se nutren de jóvenes que se sienten llamados por Dios, no de jóvenes a los que ha llamado la Iglesia. La intervención de ésta en la vocación se concibe más en clave de “control de calidad” que en términos de llamada interpeladora y autorizada. En la Iglesia antigua el desequilibrio era justamente de signo contrario» (J.M. Uriarte).

⁵ D.R. SHAFFER - K. KIPP, *Developmental psychology: childhood and adolescence*, Wadsworth Publishing, Belmont (CA) 2014, 390.

⁶ M. SZALAVITZ, «It's The Orphanages, Stupid!», *Forbes*, 2010. [^forbes.com/2010/04/20/russia-orphanage-adopt-children-opinions-columnists?medialand.html](http://forbes.com/2010/04/20/russia-orphanage-adopt-children-opinions-columnists?medialand.html). [Consulta 12 ene. 2020]

base para poder comenzar a percibir y entrar en contacto con el mundo que le rodea. Esta es la perspectiva de Bowlby con su teoría del apego. Según esta teoría, el niño desarrolla un apego con la persona que le cuida que proporciona al niño seguridad⁷. El descubrimiento que más nos interesa en relación a esta perspectiva evolutiva es que un apego inseguro puede llevar a desarrollar una inseguridad o desconfianza respecto a la realidad. De aquí la importancia del estudio de las relaciones sociales en el ser humano que ya influyen, no sólo en la persona adulta, sino desde el momento mismo del nacimiento y los desarrollos más tempranos.

- Desde el punto de vista de la antropología filosófica: la alteridad como dimensión fundamental de la persona

Como hemos visto, a nivel meramente biológico no podríamos existir si no hubiésemos recibido la vida de otra persona. Pero para poder percibir su justo valor es necesario estudiarla inicialmente en un contexto más amplio, en el contexto de una alteridad fundamental.

Desde la antropología filosófica, uno de los parámetros principales para comprender adecuadamente el desarrollo humano es la alteridad. Para el autor italiano Franco Imoda, los parámetros son elementos que acompañan permanentemente el desarrollo. Este autor establece tres parámetros del desarrollo humano: temporalidad, alteridad y etapas del desarrollo⁸.

Alteridad significa todo lo que no soy yo. La pregunta filosófica que pone al ser humano delante de una realidad que no es ella misma. El aspecto que Imoda pone en evidencia no es sólo el hecho inevitable de que exista esta realidad de la alteridad, sino en cómo la persona lo afronta, es decir, cómo es su actitud hacia el otro: negación, acercamiento, utilización del otro, búsqueda de comunión...

- Desde una antropología vocacional: la relación como uno de sus elementos centrales

El punto de partida en esta clave es que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, y Dios es comunión-relación, como muestra el hecho de

⁷ H.R. SCHAFFER, *Psicologia dello sviluppo*, Raffaello Cortina Editore, Milano 2005, 112.

⁸ F. IMODA, *Sviluppo umano, psicologia e mistero*, EDB, Bologna 2005.

que es un ser trinitario en el que la relación y la comunión son partes constitutivas de su ser. El hombre está llamado a vivir esta “ semejanza plena ” con Dios viviendo también la comunión-relación en su vida.

El *PFS* desarrolla en los números 60 al 64 una serie de principios de una antropología vocacional que tienen que ver con esto que acabamos de afirmar, estos principios pueden resumirse así:

- Existo porque soy amado y llamado, mi ser una llamada de Otro.
- Aquello hacia lo que caminamos como proyecto está ya en nosotros en germen como “ don ”, como semilla vocacional.
- La gramática elemental de la vida consiste en un don recibido que tiende por propia dinámica a convertirse en bien dado, haciéndonos entrar en la lógica de la gratitud y la gratuidad.
- No puedo ser sin los otros, ya que la relación me constituye y perfecciona, llevándonos a la lógica de la relación frente a la de la auto-realización.
- La realidad no es un “ mero dato ” sino un “ misterio ” que esconde una llamada de Dios, de ahí la necesidad del discernimiento (cf. *PDV* 10).
- El cuerpo sexuado expresa ya estas características de que la relación forma parte constitutiva de nosotros mismos y nos marca una vocación esencial a la que Dios nos llama (*caro, cardo salutis y cardo vocationis*).
- Asumir como “ deber ” y responsabilidad lo descubierto como un “ don ”, en la lógica cristiana de la relación gracia-libertad.

- Desde la dimensión comunitaria de toda religión, especialmente del cristianismo

La alteridad constitutiva del ser humano nos indica la apertura del hombre a los otros y al Otro. La oración y la espiritualidad hacen referencia al encuentro entre Dios y el ser humano. Por eso la oración no se puede reducir a un conjunto de palabras y ritos o la espiritualidad a un conjunto de experiencias, sino que vistas en un contexto más amplio, las dos hacen referencia a una relación, la relación entre Dios y la persona. De esta manera la dimensión social es también constitutiva de este encuentro.

La identidad del cristiano queda plasmada en la iniciación cristiana, por ella devenimos miembros de la Iglesia, de una comunidad que nos da la identidad y que es relación en sí misma, en la vida cristiana no podemos

ser sin los otros. Nuestra principal oración es pública y común, cuando oramos lo hacemos no por uno solo, sino por todo el pueblo, ya que todo el pueblo somos uno solo⁹.

- Desde la naturaleza comunitaria del ministerio presbiteral

Toda vocación cristiana es eclesial por definición, ya la palabra *ecclesia* significa *convocatio* (Ef 4,1). Por eso «el ministerio ordenado tiene una radical forma comunitaria» (*PDV* 17), ya por su propia naturaleza:

- Supone la inserción en un “ordo” con carácter colegial-comunitario.
- El presbítero es un “co-presbítero” (1Pe 5,1).
- Expresión ritual de esta verdad en la imposición de las manos de los otros presbíteros en la ordenación.
- El ministerio «puede ser ejercido solo como una tarea colectiva» (*PDV* 17) en relación con el obispo (*PO* 7; *PFS* 117-118), con los presbíteros (*PO* 8; *PFS* 119-120) y con el pueblo de Dios (*PO* 9; *PFS* 121-122).

Existe una cierta comprensión del sacerdocio en términos meramente rituales: el sacerdote es quien ofrece a Dios el sacrificio por toda la Iglesia. Según esta comprensión, el sacerdote estaría llamado a desarrollar su misión de manera individual, y la dimensión social no tendría mucho peso. Así la espiritualidad que debería cultivar un presbítero diocesano secular es la oración de intimidad con Dios y la oración de intercesión. Según este modelo de sacerdocio tampoco tendría sentido la preparación de los candidatos al sacerdocio en una comunidad formativa, ya que la dimensión comunitaria no pertenecería esencialmente a la espiritualidad del presbítero diocesano. El seminario sería una fase extraña aunque inevitable en la vida del sacerdote, que es necesario tolerar pero que no responde a su ser y misión posterior. Esta comprensión, además de ser equivocada, no corresponde con la espiritualidad del presbítero diocesano.

La dimensión comunitaria es una de las dimensiones propias de la etapa formativa en el seminario pero también lo es en la vida pastoral del presbítero. De hecho, el sacerdote abandona la comunidad del seminario, no para ser enviado al desierto (y llevar así una vida solitaria), sino para ser enviado a otra comunidad. La persona pasa, por tanto, de una comu-

⁹ SAN CIPRIANO, *De Dom. Orat.* 8.

nidad a otra. Por eso la dimensión comunitaria es una dimensión constitutiva de la identidad sacerdotal. «El humus de la vocación al ministerio presbiteral es la comunidad, en cuanto que el seminarista proviene de ella, para ser, después de la ordenación, enviado a servirla. El seminarista, primero, y el presbítero, después, tienen necesidad de un vínculo vital con la comunidad. Ella se presenta como un hilo conductor que armoniza y une las cuatro dimensiones formativas» (*RFIS 90*)¹⁰.

Es por esta razón que la comunidad formativa se convierte en un lugar privilegiado para ayudar al seminarista en su formación. En la comunidad formativa se articulan e integran las demás dimensiones fundamentales de la formación.

V. LAS DINÁMICAS SOCIALES EN LA FORMACIÓN. ALGUNAS CLAVES DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Dado que la dimensión social es constitutiva del ser humano, como acabamos de fundamentar en los apartados anteriores, no parece raro suponer que un grupo de personas que se forman juntas se influirán unas a otras en su formación. Este es, justamente, el objeto de estudio de la psicología social.

Aunque la psicología social, en cuanto ciencia moderna, tiene una historia reciente, los estudios sobre cómo la dimensión social afecta a la persona eran tenidos en cuenta desde la antigüedad por la filosofía griega. Posteriormente, en la época del renacimiento, filósofos como Macchiavello, Hobbes, Locke, Rousseau realizan también algunos estudios¹¹. No es hasta el inicio del siglo XX cuando dichos estudios comienzan a realizarse de una manera más científica por parte de la psicología.

Es interesante señalar que uno de los primeros estudios modernos tenía como objetivo analizar cómo deportistas profesionales mejoraban su rendimiento en presencia de competidores. Este estudio fue realizado por Norman Triplett en 1898. Concluyó que la presencia de otro competidor hacía que naciera un instinto de competición que llevaba a realizar mejores tiempos que cuando el ciclista competía sin la presencia de otros riva-

¹⁰ El actual Sínodo sobre la sinodalidad está insistiendo en entender el ministerio ordenado desde esta perspectiva, entendiendo que la dimensión comunitario le es esencial.

¹¹ M.A. HOGG - J. COOPER (eds.), *The Sage Handbook of Social Psychology. Concise Student Edition*, SAGE, London 2007, 4.

les¹². Este experimento parece mostrar un aspecto positivo que puede tener la formación comunitaria, donde el contacto con otras personas impulsa a un crecimiento.

En contraste con el anterior se encuentran otros experimentos, como el que realiza Asch en 1951. En este caso se trataba de estudiar el efecto de la presión del grupo hasta llegar a una uniformidad o conformismo. O el de Milgram en 1963, sobre el efecto de la obediencia hasta llegar a cometer actos atroces. O el de Zimbardo en 1971 (conocido como el experimento de la prisión de Standford) que muestra la deindividualización y el efecto perverso del ejercicio del poder sobre otros¹³. En estos experimentos aparece cómo determinadas condiciones sociales también pueden llegar a sacar lo peor del ser humano.

Estos experimentos anteriormente nombrados nos ayudan para poner en evidencia que la dimensión social es una dimensión ambivalente: puede sacar lo mejor y lo peor del ser humano, puede ayudar a crecer y puede favorecer una regresión. De aquí la importancia de tener en cuenta las dinámicas sociales de cara a la formación. En una comunidad formativa habrá dinámicas que ayuden a crecer y otras que dificulten el camino hacia la madurez, sin embargo se trata de una dimensión que no se puede eliminar, estará siempre presente guste o no.

Las dinámicas principales que estudia la psicología social pueden dividirse en varios grupos: a) las que ocurren en la persona cuando está en contacto con otros (los procesos intrapersonales), b) las que afectan a las relaciones entre personas (los procesos interpersonales), y c) las dinámicas que se dan entre grupos de personas (los procesos grupales). Algunos ejemplos del primer grupo (los procesos intrapersonales) pueden ser la formación de la propia identidad, los estereotipos y primeras impresiones que condicionan un conocimiento más profundo de otras personas o se manifiestan en forma de prejuicios, etc. Ejemplos del segundo grupo (los procesos interpersonales) pueden ser la persuasión, la presión de grupo, el cambio de actitudes, etc. Por último, un ejemplo de los procesos que ocurren entre grupos, puede ser cómo se relacionan unos seminaristas extranjeros dentro del grupo más grande del seminario donde la mayoría de personas tiene una cultura distinta.

¹² M.A. HOGG - G. M. VAUGHAN, *Social Psychology*, Pearson Education Limited, Harlow 2011, 6 ed., 25.

¹³ M.A. HOGG - G. M. VAUGHAN, *Social Psychology*, 30.

Además de estos, también debe tenerse en cuenta que la institución y el estilo formativo tendrá un impacto en la comunidad¹⁴. Por motivos de espacio no nos vamos a detener a analizar cada una de las dinámicas, sino que se propone una aplicación práctica teniendo en cuenta lo anteriormente indicado.

VI. LAS DINÁMICAS GRUPALES APLICADAS A LA COMUNIDAD FORMATIVA (ACOMPANAMIENTO COMUNITARIO)

a) *Fases en la evolución de un grupo*

Para poder aplicar algunas dinámicas sociales a la comunidad formativa y realizar una propuesta pedagógica se van a tomar algunas claves de otra ciencia del ámbito psicológico: la psicología clínica y las terapias grupales. Los grupos terapéuticos tienen varias características en común con una comunidad de un seminario, y es que se trata de un grupo estable de personas que están viviendo un proceso común y que se ayudan mutuamente a alcanzar un objetivo¹⁵.

Comparar un seminario a un grupo terapéutico quizás pueda parecer una locura, pero nos gustaría indicar las razones por las que creemos que esta comparación puede ser enriquecedora. Comparar un seminario a un grupo terapéutico no equivale a decir que un seminario sea un grupo de personas enfermas o disturbadas (como tampoco todos los grupos terapéuticos tienen esta característica). El rasgo central de estos grupos es que las personas están unidas por una experiencia común, en este caso el seminario proporciona la experiencia común de ser llamados a una vocación. Otra característica de los grupos terapéuticos es que los participantes reciben y ofrecen ayuda por parte de los otros miembros. De nuevo aquí aparece un rasgo de semejanza, ya que en la comunidad formativa la dimensión comunitaria es una dimensión de crecimiento. Por último,

¹⁴ Puede consultarse el siguiente estudio empírico donde se analizan los factores que influyen en la internalización de los valores vocacionales, y donde la institución juega también un papel fundamental: L.M. RULLA - F. IMODA - J. RIDICK, *Antropologia della vocazione cristiana II. Conferme esistenziali*, EDB, Bologna 1986 (traducido al español en L.M. RULLA - F. IMODA - J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994).

¹⁵ I.D. YALOM - M. LESZCZ, *The Theory and Practice of Group Psychotherapy*, Basic Books, New York 2005, 5 ed., XIII.

el grupo terapéutico es un grupo estable que trabaja durante un tiempo largo. También aquí, un seminario está formado por un grupo estable de personas que vivirán juntas durante varios años.

Diversos autores han estudiado los procesos que ocurren en un grupo terapéutico y las fases que se dan en ellos. Por ejemplo Irvin Yalom sostiene que, aunque cada grupo tiene unas características propias, es posible identificar algunas etapas comunes. Dado que dichas etapas intervienen en la “evolución” de un grupo son, en cierto modo, semejantes a las fases evolutivas del ser humano, es decir, aquellas fases que atraviesa el ser humano en su desarrollo y maduración. En cada una de las fases hay una dialéctica fundamental, unas tareas específicas y unas dinámicas concretas. Yalom indica las siguientes etapas que se dan en todo grupo a lo largo de su evolución: formación, combate, fase de trabajo y fase de despedida¹⁶.

Se resumen, a continuación, los rasgos propios de cada fase del grupo:

- Fase de formación. Esta fase ocurre cada vez que se forma un grupo nuevo o se incluyen nuevos miembros en un grupo ya existente. La dinámica que se origina en los miembros tiene que ver con la aceptación, con aquello que es necesario realizar para pertenecer al grupo. Por eso la dialéctica que identifica el autor a la cual la persona tiene que dar una respuesta es entrar dentro o permanecer fuera del grupo. Los comportamientos que suelen aparecer son el interés por el resto de personas, la búsqueda de aprobación por parte del grupo, etc.
- Fase de combate. Una vez que el grupo va tomando confianza suelen aparecer otra serie de dinámicas que, en este caso, hacen referencia a quién será el líder del grupo. Dado que aparecerá una lucha por ese liderazgo, también surge la pregunta sobre cómo defenderse o cómo situarse en una situación de conflicto. Algunos comportamientos que aparecerán en esta fase pueden ser la búsqueda de liderazgo, la persuasión, los enfados y conflictos en cosas superficiales pero que esconden una lucha por el poder, los comportamientos defensivos, etc.
- Fase de trabajo. La resolución de la fase anterior suele dar lugar a otra más calmada. Sin embargo no siempre ocurre, ya que es posible

¹⁶ I.D. YALOM - M. LESZCZ, *The Theory and Practice of Group Psychotherapy*, 309-320. Otros autores identifican alguna fase más, sin embargo la propuesta de I. Yalom tiene la ventaja de la simplicidad a la hora de realizar una aplicación práctica.

que las dinámicas propias de las fases anteriores puedan emerger de nuevo si no están adecuadamente resueltas. En todo caso, en esta nueva fase, el grupo ha encontrado que pueden trabajar juntos y ayudarse mutuamente. Por esto, la dinámica propia de esta fase tiene que ver con dejarse ayudar y ofrecer esa ayuda. Surgirán aquí comportamientos como el temor a mostrar la verdadera identidad, las conversaciones sobre temas más profundos, etc.

- Fase de despedida. Si el grupo ha conseguido trabajar y establecer una relación de cooperación, podrán descubrir también la satisfacción que esto produce. Ese grupo podrá afrontar desafíos y ayudarse mutuamente a crecer. Sin embargo es posible que el grupo no dure para siempre tal cual está configurado. Pueden despedirse algunos miembros (como una interrupción del proceso vocacional), o también puede llegar el momento de dejar el seminario. En cualquier caso, un grupo debe ser también capaz de afrontar las despedidas. La tarea propia de esta fase es dar un sentido a la experiencia vivida para que todo ese aprendizaje pueda ser la base para una nueva etapa, donde seguramente aparecerán nuevas relaciones de cooperación (nuevos grupos como un presbiterio, una comunidad parroquial, etc).

Si los formadores del seminario conocen estas etapas, es posible que puedan comprender mejor las dinámicas que a veces se dan en el seminario y también puedan aprovecharlas para ayudar al crecimiento. Dicho crecimiento ocurre, no sólo cuando el seminarista toma conciencia del proceso que está viviendo, sino también cuando esta experiencia tiene un impacto a nivel afectivo. La tarea del formador consistirá en acompañar este proceso.

Cabe señalar, además, que sería posible establecer una relación aproximada entre las fases del desarrollo de un grupo y las fases formativas que establece la *RFIS*¹⁷.

¹⁷ Esta relación no debe tomarse como algo automático, ya que puede que un determinado grupo o comunidad formativa esté en una etapa de formación y a nivel de las fases del desarrollo en otra inferior o superior, en esto influye, como venimos diciendo, las relaciones que se den en el grupo y cómo se trabajen. Aquí presentamos la correspondencia ideal que debería darse.

Fases del grupo	Formación	Combate	Trabajo	Despedida
<i>Pregunta suscitada por la dinámica de grupo</i>	¿Seré aceptado? ¿Qué es necesario hacer para pertenecer?	¿Quién es el más importante? ¿Cómo me defiendo?	¿Hasta qué punto me quiero mostrar? ¿Quiero abrirme al otro en entrega-acogida?	¿Qué sentido doy a la experiencia vivida?
<i>Tarea evolutiva</i>	Entrar en el grupo o permanecer fuera	Cómo situarme ante el conflicto	Dejarse ayudar por los otros y ayudar yo	Preparación para un nuevo tipo de relación
<i>Etapas F.I.</i>	PROPEDÉUTICA	DISCIPULAR	CONFIGURADORA	SÍNTESIS VOCACIONAL
<i>Objetivos de etapa en la nota comunitaria</i>	iniciación a la vida comunitaria PFS 292	seminario como comunidad de referencia PFS 303	sano equilibrio entre vida personal y participación comunitaria PFS 316	vida y ministerio en común dentro del presbiterio y animación de la comunidad PFS 329

b) Un tipo especial de dinámica: la relación con los formadores

En la dinámica del seminario, no sólo se dan dinámicas entre los seminaristas (entendidos como miembros del grupo en formación), sino que hay otro tipo de relaciones que se establecen entre los seminaristas y los formadores. A este tipo de relación habrá que prestarle una especial atención.

Los formadores participan de la misma comunidad formativa pero no participan de la misma manera de la vida del grupo. Se podría decir que forman un subgrupo dentro del conjunto de personas que viven en el seminario. La posición es, en cierto sentido, de superioridad. No comparten la misma experiencia que los seminaristas porque no están viviendo la misma realidad: unos se están formando, otros son los responsables de esa formación. Pero incluso aunque los formadores hayan vivido anteriormente su etapa formativa, esta puede no ser igual a la que están viviendo los seminaristas en ese momento. Cada grupo de personas hace una comunidad diversa y única.

VII. INDICACIONES PEDAGÓGICAS A LA LUZ DEL PRESENTE ESTUDIO

Se proponen en este apartado una serie de intervenciones pedagógicas que serán necesarias para que el proceso de crecimiento a través de las dinámicas sociales pueda tener lugar. En este sentido son casi las condiciones mínimas necesarias para que realmente una comunidad pueda llegar a ser formativa.

a) El desarrollo de la relación en clave evangélica

Un aspecto propio de la comunidad formativa del seminario, que la diferencia del crecimiento que la persona puede desarrollar en una terapia de grupo, es que aquí la comunidad busca favorecer una mayor madurez en las relaciones en la clave del Evangelio. Por eso la comparación de la comunidad formativa con la terapia de grupo ha tenido una semejanza en la posibilidad de iluminar y comprender mejor las dinámicas que afectan a la vida de todo grupo, pero aquí encuentra también su principal diferencia, en que la meta está puesta en un tipo muy concreto de relacionalidad: la del Evangelio.

Esta ha sido otra de las claves en las que se ha ido insistiendo a lo largo del trabajo. En el candidato al sacerdocio, su modo de relación debe ir asumiendo los matices propios del modo de relación del pastor, mostrados especialmente en la figura de Jesucristo. En Él, y en su modo de relación, el seminarista encuentra el modelo sobre el que conformar su forma de relacionarse en todas sus dimensiones: consigo mismo, con los demás y con Dios.

El seminarista está llamado a revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce (*PO* 20b; *PFS* 145), este es el paradigma de toda formación sacerdotal y, como podemos constatar, tiene una esencial forma comunitaria, por eso «la comunidad del Seminario es el contexto y el ambiente más adecuado para la formación presbiteral» (*PFS* 145).

b) Condiciones cualitativas de la comunidad formativa

Para poder conseguir que la dinámica social sea una dimensión que ayude a la formación, son necesarias algunas condiciones en las comunidades formativas de los seminarios, por ejemplo garantizar un número mínimo de seminaristas (*PFS* 30; 54b; 384; 400-401). El *PFS* habla de

la conveniencia de que exista en el Seminario una comunidad formativa suficiente y proporcionada (*PFS* 152), pero hay que matizar que esa comunidad suficiente no tiene que ver solo con el número de los miembros, influyen también otros aspectos que pueden ser determinantes, como venimos señalando.

La dimensión social puede ayudar al crecimiento si se dan las condiciones para que pueda ser un factor importante en la formación. La *Ratio* también menciona la presencia de mujeres en la formación (*RFIS* 95; *PFS* 180), entendiendo que es la presencia masculina y femenina la que, en conjunto, puede favorecer el desarrollo armónico.

c) La necesaria apertura a lo comunitario

Como hemos visto más arriba, la relación interpersonal (la alteridad) es constitutivo de la identidad del sujeto. La relación con otros modela la propia identidad, actitudes y comportamiento. Da igual que la persona quiera dejarse cambiar o no, el hecho mismo de la relación ya transforma, por ejemplo, una persona que evita el contacto social será inevitablemente influenciada por un grupo de personas, en este caso será movida a evitar esa relación, pero ya este comportamiento ha sido influenciado por la presencia de otras personas.

Aunque la mera presencia social influya, lo que interesa es que ayude al crecimiento, es decir, que la vivencia dentro de la comunidad formativa vaya encaminada hacia una mayor madurez. En este sentido será importante la apertura del seminarista a la vida comunitaria, y este será el primer gran reto al que prestar atención cuando un nuevo seminarista llegue a la comunidad del seminario (*PFS* 164; 168-169).

Las experiencias sociales previas que trae la persona influyen en cómo se situará ante la comunidad. Una persona que ha sido ridiculizada, abusada, oprimida... tiene una experiencia negativa de otras personas y tenderá de manera natural a desconfiar y esto le llevará a no poder aprovechar el potencial que le puede ofrecer la comunidad. Igualmente una persona dependiente buscará rápidamente los contactos interpersonales y estará muy abierta a la relación, pero esto no significa que esto le ayude a crecer (cf *GS* 26).

Será necesario cuidar dos aspectos: fomentar los espacios donde se pueda trabajar la dinámica social y favorecer en las personas esta apertura, pero también prestar atención a las dificultades individuales de cada persona y aquello que le impide eventualmente abrirse a lo comunitario.

La vida comunitaria ayuda a conocerse en los otros. «Aquello que sucede en las relaciones apunta hacia un modo de ser y de comportarse porque toca las motivaciones profundas de cada uno» (PFS 131); en la vida comunitaria cotidiana se refleja nuestro verdadero yo, incluso lo inconsciente. De esta manera la comunidad del seminario ayudará a purificar las intenciones del seminarista y a transformar su conducta en una gradual conformación con Cristo (cf PFS 131). Hay que conocerse y dejarse conocer a través de la confrontación y del discernimiento para poder llegar a la docilidad (cf PFS 127) haciendo que afloren los autoengaños que llevan a afecciones desordenadas o inconsistencias vocacionales (cf PFS 128).

La importancia de la relación con los otros en el proceso formativo hace que el proceso formativo solo se pueda dar desde una relación de confianza y transparencia, así el PFS llega a afirmar que si las relaciones son defensivas y no se viven en la verdad, es imposible que exista la formación (cf PFS 126).

d) El crecimiento en compartir la vida interior

Para que el grupo pueda ayudar al crecimiento, Yalom indicaba la necesidad de “experiencias relacionales significativas”. En el caso del seminario, estas experiencias relacionales deben ser ampliadas en todo el horizonte de la relación. En este sentido, la relación con Dios forma parte esencial. Los momentos para compartir la vida interior favorecen las experiencias relacionales significativas y abren un espacio de diálogo sobre el aspecto espiritual, que debe ser también integrado en la formación. Hay una intrínseca relación entre comunión, comunidad y comunicación¹⁸.

e) Objetivo puesto en el crecimiento, y no sólo en la convivencia

Aunque parezca redundante volver a indicarlo, esto es quizás la mayor insistencia del presente artículo, que los seminarios no tienen sólo el objetivo de garantizar una convivencia, sino que deben convertirse realmente en comunidades formativas. De esta manera la comunidad se convierte en un factor formativo de primer nivel, que ayuda especialmente a los semi-

¹⁸ A esto puede ayudar la *Lectio Divina* compartida, llevando la aplicación de la Palabra de Dios a la propia vida y compartiéndolo con los hermanos de la comunidad.

naristas a crecer individualmente y en su capacidad de relación. Y estas cualidades son fundamentales para una madurez humana integral.

La vida comunitaria debe llevar a formar pastores a imagen de Jesús, “hombre de comunión, relación y diálogo”, que haga que a su vez ellos formen comunidades verdaderas. El seminario debe ser una escuela de “acompañantes” comunitarios. El *PFS* en el número 144, citando *PDV* 17, nos recuerda que «el ministerio ordenado tiene una radical forma comunitaria y puede ser ejercido solo como una tarea colectiva». Esta cita nos recuerda la connaturalidad en el ministerio sacerdotal de la dimensión comunitaria. Por eso el seminario debe «formar hombres de comunión aptos para adoptar diversas formas de colaboración y vida en común, y para ser constructores de comunidad dentro de la Iglesia y de reconciliación en medio del mundo y de la sociedad» (*PFS* 150).

Este objetivo es claro para la Iglesia, hasta el punto de señalar que el candidato que no presente las aptitudes necesarias para la vida comunitaria debe ser puesta en duda su admisión al seminario (cf *PFS* 144).

VIII. MEDIOS CONCRETOS PARA EL ACOMPAÑAMIENTO COMUNITARIO

Tras indicar los objetivos pedagógicos que se deben tener en cuenta en la comunidad del seminario, vamos a concretar un poco más nuestra propuesta analizando una serie de indicaciones que encontramos en *PFS* y que podemos tomar como medios concretos para facilitar y llevar a cabo el acompañamiento comunitario durante el proceso de formación sacerdotal.

a) Inserción cordial y sentido de pertenencia a la comunidad formativa del seminario (PFS 148)

Este medio tiene una doble dirección. Por un lado la comunidad del seminario que debe estar siempre dispuesta a acoger nuevos miembros, evitando convertirse en un “grupo estufa” incapaz de acoger nuevos miembros, nuevas formas, nuevas ideas, etc. Por otro lado está el esfuerzo que debe realizar el nuevo seminarista que se incorpora a una tradición, una historia y una realidad ya en marcha.

El *PFS* insiste en un aspecto particular que hoy día acarrea problemas en los seminarios que es tener la comunidad del seminario como la referencia principal, supeditando a ello cualquier otro proyecto comunitario o formativo. Muchos de los seminaristas que hoy día ingresan en los semi-

narios vienen de grupos de Iglesia con una fuerte vivencia comunitaria, a veces esto lleva a que cueste tomar distancia de estas realidades y asumir la nueva comunidad como la primera y fundamental, incluso, a veces se puede llegar a tener una formación en paralelo a la del seminario, algo para nada deseable, ya que no se puede vivir plenamente más que una comunidad, lo otro sería vivir parcialmente en las dos, lo que llevaría a un deficiente acompañamiento comunitario.

b) Corresponsabilidad en el proceso formativo del hermano (PFS 149)

A veces se ha podido tener la impresión, equivocada, de que los únicos formadores del seminarista son los sacerdotes encargados de la formación, en cierta medida es así en cuanto que tienen un papel principal, pero no exclusivo, ya que toda la comunidad forma y acompaña el proceso formativo. Los seminaristas son co-formadores los unos de los otros, asumiendo cada uno la responsabilidad sobre el otro. Siguiendo la parábola del Buen Samaritano, el prójimo de cada seminarista es el seminarista con el que convive.

Para llegar a que esto sea una realidad, y no un mero deseo utópico, el *PFS* señala una serie de acciones que deben cuidarse en la vida cotidiana y que llevarán a que se llegue a esta corresponsabilidad en la formación, estas acciones son: la comunicación de la vida interior, la comunicación de bienes, la corrección fraterna, la participación en la elaboración de la programación comunitaria, el trabajo conjunto y corresponsable en las tareas comunitarias¹⁹, los momentos gratuitos de esparcimiento lúdicos y deportivos, los pequeños detalles cotidianos, etc.

Dentro de todos estos medios concretos nos gustaría señalar, de manera particular, el de la participación en la elaboración de la programación comunitaria, ya que es difícil que los seminaristas se sientan corresponsables en la formación de sus compañeros si no se ha contado con ellos en el proyecto formativo del que se les pide ser protagonistas.

¹⁹ La formación de equipos de trabajo liderados por los propios seminaristas pone de manifiesto aspectos de la personalidad que pueden necesitar ser purificados o madurados.

c) Una doble referencia en el acompañamiento comunitario: el grupo de seminaristas y el equipo de formadores (PFS 132)

La corresponsabilidad en la formación tiene un riesgo que habrá que estar atentos para evitar, es el riesgo del paternalismo de unos seminaristas sobre otros. Es importante señalar que esta corresponsabilidad en la formación del hermano, que se le pide a los seminaristas, no consiste en ser formadores, sino en ser verdaderos hermanos los unos de los otros, la dimensión más paternal le corresponde al equipo de formadores. A los seminaristas se les pide vivir una corresponsabilidad entre iguales, ejerciendo una auténtica fraternidad, que mira por el hermano y le ayuda, no cayendo en dependencias ni en proteccionismos que no educan.

El *PFS* señala que en el grupo de seminaristas debe observarse detalladamente lo que ocurre y confrontarlo con la verdadera exigencia para que se convierta de verdad en grupo formativo que ayude a confrontarse a cada uno de los miembros con el ideal que se le pide. Mientras que el equipo de formadores debe dar ejemplo, con su modo de vida y de relación entre ellos, de las virtudes sacerdotales a las que el propio proceso formativo pretende introducir a la comunidad.

Este punto deja claro que el equipo de formadores no solo tiene una responsabilidad en el acompañamiento personal, sino que también lo tiene en el comunitario, no solo como miembros de la única comunidad que es el seminario entero, sino con un papel muy determinado y propio.

d) Un clima de familia en las relaciones (PFS 151)

El *PFS* da la pauta del estilo de vida que debe darse en la comunidad del seminario, no es el estilo de vida de un internado, ni de un cuartel, sino el estilo de vida de una familia, siguiendo el ejemplo de la comunidad que Jesús creó en torno a Él. Evidentemente la comunidad del seminario no está llamada a sustituir a la familia de sangre, el *PFS* habla de estilo de vida similar al de una familia.

En este punto, y en continuidad con el punto anterior que tratábamos, el *PFS* indica una diferencia entre las relaciones que deben establecerse entre el equipo de formadores y los seminaristas y las que deben darse entre los propios seminaristas. En las primeras deben ser unas relaciones con la impronta de la paternidad y la filiación, mientras que entre los seminaristas deben darse unas relaciones fraternas.

El *PFS* va un poco más allá en las relaciones entre los seminaristas y habla de favorecer la amistad. Con esto no se pide que todos sean amigos de todos, esto es imposible en una comunidad tan heterogénea como la del seminario. Lo fundamental como cristianos es vivir la fraternidad, pero es cierto que cuando esta se vive de manera profunda es normal que pueda surgir la amistad entre algunos. En este punto habrá que cuidar que esos grupos de amigos que puedan surgir no creen grupúsculos excluyentes dentro de la comunidad, ya que una verdadera amistad no puede ser cerrada ni excluyente.

Para vivir bien este punto nos encontramos con una dificultad propia de nuestro tiempo, que es la crisis en la que se encuentra la institución familiar. Muchos de los candidatos al seminario no tienen una vivencia clara de la paternidad o de la fraternidad, lo cual supone un reto para la formación sacerdotal, ya que el seminario, en estos casos, no solo debe ayudar a identificarse con ese paradigma, sino que tiene que suscitar la vivencia del mismo, ya que en el ejercicio posterior del ministerio será fundamental haber vivido la condición de hijo y de hermano con un claro referente paterno.

IX. CONCLUSIÓN

En el presente artículo hemos pretendido fundamentar la necesidad que hay en la formación al sacerdocio de profundizar en el acompañamiento comunitario, tal y como apuntan la *RFIS* y el *PFS*, aunque ninguno de los dos documentos lo desarrolla.

La formación de los seminaristas en un ambiente comunitario no es un mero marco, sino que responde a la esencia de la teología y la espiritualidad del ministerio ordenado.

Pero no vale simplemente vivir juntos para que la comunidad sea formativa, debe tener una serie de características, que hemos intentado desgranar, para que se convierta en un instrumento positivo al servicio de la formación.

Como señalábamos al comienzo de este trabajo, nosotros solo hemos abordado el acompañamiento comunitario en el ámbito de la comunidad del seminario, quedaría por abordar este mismo tema en otros agentes que participan en la formación de los seminaristas y que detalla el *PFS*.